

MOVIMIENTOS SOCIALES Y PODER POLITICO*

Orlando Fals Borda**

El despertar contemporáneo de los movimientos sociales y populares en el Tercer Mundo tiene más de dos décadas. Ya no son "nuevos" y están adquiriendo otras modalidades.

Para la América Latina, éste ha sido un extraordinario ciclo de acción y discusión, intensificado hacia 1964 cuando cayó el presidente João Goulart en el Brasil. Algunos de sus brotes se vieron desde antes (1), mientras que el fenómeno europeo —también con antecedentes notables— pasó a primer plano cuatro años después por motivos y razones diferentes de angustia y cultura. Nosotros respondimos acá (como todavía lo hacemos) al autoritarismo militar, a las intervenciones externas, a la marginalidad de las masas y a las desenfocadas políticas llamadas de "desarrollo económico y social" impuestas por países ricos y oligarquías consulares.

Estas políticas tecnocráticas, que más que todo produjeron subdesarrollo y enriquecieron a los

ricos —pues éstos no dejaron "gotear" mucho los recursos hacia las clases productoras inferiores—, agudizaron la explotación y la dependencia que venían de atrás con el hambre, la miseria y la ignorancia. Se trata de un ciclo activo todavía en evolución porque estos problemas básicos de los pueblos no se han resuelto a su favor. En respuesta, millones de personas subordinadas y olvidadas por los poderosos han logrado articular expectativas propias y realizar luchas independientes por soluciones democráticas. Con ello se ha demostrado una vez más la fuerza del impulso creador del hombre y de la mujer y su capacidad de resistencia ante las injusticias.

La mayoría de los observadores de estos movimientos los ha visto con buenos ojos y les ha deseado buena suerte. Estiman que los movimientos han asumido la necesaria función histórica de articulación para la protesta. Los movimientos todavía alimentan la esperanza del progreso real en las comunidades, ven la posibilidad de construir un nuevo orden social más equitativo y próspero con paz y justicia, para contribuir a resolver las contradicciones del capitalismo y enmendar las inconsistencias éticas de la democracia burguesa.

Por eso no sorprende encontrar argumentos sobre todos estos aspectos en la abundante literatura pertinente. No es éste el lugar para revisarla totalmente: sólo destaco algunas de

* Este artículo, resultado del trabajo realizado en el Instituto durante el presente año, fue con algunas revisiones y reducciones de texto, la Conferencia Inaugural del VII Congreso Nacional de Sociología en Barranquilla, octubre 11-14 de 1969, por invitación de la Asociación Colombiana de Sociología.

** Sociólogo. Investigador del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales.

1. Cf. Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós, 1962.

las que me han sido más orientadoras, desde las primeras dramáticas descripciones de 1979 del Bhoomi Sena de la India, hasta el útil hurgamiento de Tilman Evers sobre la "identidad oculta" de los movimientos (1986), los dinámicos análisis de D. L. Sheth (1982), Rajni Kothari (1984) y Luis Alberto Restrepo (1987, 1988), las posibilidades tácticas que ofrecen los movimientos según André Gunder Frank y María Fuentes (1988), sus relaciones con el socialismo y la democracia según David Slater (1989) y Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (1987), hasta la "promesa global" de tales movimientos postulada por Richard Falk (1987) (2). Los analistas europeos, en general y como ha sido su costumbre, desconocen la naturaleza diferente de los fenómenos del Tercer Mundo y tienden a globalizar o universalizar con base en su propia y limitada experiencia (3). Pero hay un balance más bien positivo, debidamente crítico, a veces con dosis convenientes de escepticismo, romanticismo y visión utópica (4).

Con el fin de interpretar lo que ha venido ocurriendo con los movimientos en América Latina y colocarlos en una perspectiva amplia, en este trabajo intento presentar dos aspectos: uno analítico, primero, derivado de mis observaciones y experiencias directas de los últimos veinte años; y otro proyectivo o interpretativo en el que, basado en lo anterior, expreso mis perso-

nales preocupaciones como científico social que siente que no puede quedarse con los brazos cruzados o silencioso ante los procesos que está viviendo.

I

ANALISIS

Redefiniendo lo político: de lo micro a lo macro y viceversa

Dos de los aspectos prácticos de los movimientos sociales y populares que más curiosidad —y expectativa— han suscitado entre los estudiosos son: 1) su permanencia en el tiempo; y 2) su expansión en el espacio territorial o socio-geográfico. Ambos aspectos son importantes porque constituyen índices de debilidad o fuerza en los movimientos, porque inciden en el componente político, y porque crean "cultura política". Esto es muy significativo, por cuanto la política ha sido una actividad para la cual los movimientos nunca se sintieron listos, especialmente durante los primeros años. Por el contrario, siempre hubo en ellos, o en su personal dirigente y orientador, una gran desconfianza por todo lo que oliera a la politiquería tradicional, desconfianza por lo demás justificada.

Ha habido suficientes explicaciones de esa primera reacción negativa, por lo menos en América Latina. En efecto, recordemos que los movimientos surgieron casi espontáneamente desde las bases y periferias sociales, en sitios específicos y por necesidades concretas. Sus dirigentes eran personas preocupadas por el estancamiento económico y el militarismo, frustradas por la verticalidad y el sectarismo de grupos vanguardistas revolucionarios; éramos académicos y maestros que desertábamos de colegios y universidades incapaces de responder a los desafíos de los tiempos; eran visionarios críticos de la religiosidad que querían construir una Nueva Jerusalén. Habitábamos entonces en el reino de lo micro y cotidiano, el de los cortos pasos cuidadosos, en cuyo contexto coyuntural se realizaban, como se hace todavía, tanto los actos de protesta y rebeldía como las búsquedas de identidad cultural, ecorregional, social, étnica, de género, artística, etc.,

2. Tilman Evers, "Identidad: La faz oculta de los nuevos movimientos sociales en América Latina", *Procesos y políticas sociales*, Bogotá, 1986; D. L. Sheth, "Alternative Development as Political Practice", *Alternatives*, XII, 1987, pp. 155-171; Rajni Kothari, "The Non-Party Political Process", *Economic and Political Weekly*, XIX, No. 5, febrero de 1984; Luis Alberto Restrepo, "El protagonismo político de los movimientos sociales", *Revista Foro*, No. 8, 1987, pp. 33-43; Luis Alberto Restrepo, "Los movimientos sociales, la democracia y el socialismo", *Análisis Político*, No. 5, septiembre-diciembre de 1988, pp. 56-67; André Gunder Frank y María Fuentes, "Para una nueva lectura de los movimientos sociales", *Nueva Sociedad*, No. 93, enero-febrero de 1987; David Slater, "Nuevos movimientos sociales y viejas políticas", *Revista Foro*, No. 8, febrero de 1989, pp. 4-19; Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics*, Londres, Verso, 1987; Richard Falk, "The Global Promise of Social Movements: Explorations at the Edge of Time", *Alternatives*, XII, 1987, pp. 173-196.
3. Cf. Zsuzsa Hegedus, "Social Movements and Social Change in Self-Creative Society: New Civil Initiatives in the International Arena", *International Sociology*, IV, No. 1, marzo de 1989, pp. 19-36.
4. Cf. Ruth C. L. Cardoso, "Movimentos sociais na América Latina", *Revista Brasileira das Ciências Sociais*, II, No. 5, 1987, pp. 27-37.

como medios naturales de autodefensa. Casi todas esas actividades quedaban aparte de estructuras partidistas u organismos establecidos.

Juzgando según la experiencia histórica, especialmente la del ciclo anterior de movimientos del siglo XIX, era de esperarse que los de nuestra época fueran tan cortos como las coyunturas en que surgieron. O que sus líderes resultarían igualmente cooptables por los políticos y cayeran víctimas de la represión oficial. Así ocurrió en muchísimos y dolorosos casos, desde Tlatelolco hasta los Mapuches. No obstante, empezó a crearse una concatenación de conflictos que obligaron a ligar una protesta o lucha por derechos y servicios con otra, a buscar aliados firmes de diferentes orígenes sociales y a conformar redes de apoyo mutuo y coordinadoras a varios niveles. Un mecanismo ágil y eficaz fue el de los foros, encuentros o festivales por temas específicos. Tales tendencias al autoexamen y a la afirmación interna y externa fueron ampliando el espacio de la confrontación y el nivel del reconocimiento propio, prolongando la vida y mejorando la eficacia de buen número de movimientos. Llevó a articularlos para la acción política, social y cultural en ámbitos mayores, especialmente en la "región" concebida sociogeográficamente. Se sentaron de esta manera los fundamentos para una cultura política ciudadana diferente, una educación para la democracia auténtica.

En muchas partes, esta primera y esquemática coordinación funcional rompió aquellas resistencias iniciales internas que luchaban contra la formalización y, de manera paradójica, llevó a institucionalizar los mismos movimientos. Ello no implicó establecer ninguna jerarquía ni mandos centrales, ni hubo predominio de burocracias, aunque con el paso del tiempo aparecieron servicios profesionales calificados. Se aplicaron principios sobre democracia interna, participación de las bases, cabildos abiertos, colectivización y rotación del liderazgo y absoluta transparencia administrativa, es decir, hubo automedicina y autocontrol. En esta forma se obtuvo una continuidad de acción impenzada antes, y se expandieron los límites de los trabajos más allá de la comunidad local.

Parecía como si se contradijera la razón de ser específica de los movimientos; pero qui-

zás por la profundidad y gravedad de la crisis socioeconómica de nuestros países, y por la dinámica misma de los problemas reales confrontados, se fueron despejando ante los movimientos otras rutas prácticas distintas de la protesta específica. Sobresalió entre esas posibilidades la de actuar contra el poder coercitivo externo y superior cuyo peso limitante en las luchas no podía ignorarse. Constataron entonces que el accionar de los movimientos por el progreso local y la justificación de su continuación como factores democráticos de cambio eran, en últimas, de naturaleza política y macroestructural. Su foco estaba en el Estado desarrollista tecnocrático, autoritario y monopolístico, así como en los pactos sociales que le habían dado vida y legitimidad. Hacia allí debían dirigirse entonces los esfuerzos de cambio, con la misma o quizás mayor intensidad que en las anteriores luchas, articulando un nuevo "contrapoder".

Esta nueva cultura política obligó a muchos movimientos locales y a sus dirigentes a desbordar su visión cotidiana original, a descartar los restos de su limitante sectarismo, a expandirse en varias direcciones y a asociarse en frentes unidos de acción. Pasaron así de lo micro a lo macro, de la protesta a la propuesta. Al hacerlo rompieron las dos condiciones iniciales mencionadas: su coyunturalismo reducido en el tiempo y su localismo territorial; y establecieron canales de doble vía, de las bases hacia arriba y desde arriba hacia las bases, en nuevas y más simétricas modalidades de intercambio. En esta nueva etapa de expansión y equilibrio han venido funcionando en varios países desde hace cerca de un lustro. No es mucho tiempo, pero que esté ocurriendo puede tener un significado trascendental para los pueblos.

En general, no puede ser visto sino como algo extraordinario el que los movimientos sociales y populares se hayan sostenido contra viento y marea durante estos veinte años de graves conflictos y violencias múltiples. Han sobrevivido a partidos y agrupaciones políticas fundados durante este mismo lapso según reglas clásicas de organización, que muy pronto sucumbieron. En cambio, a pesar de las inevitables fisuras, tensiones e inconsistencias internas, a pesar de asesinatos y prisiones y torturas, los movimientos han persistido y se han extendido a las regiones sociogeográficas a través de las redes

y coordinadoras mencionadas (asociaciones de juntas comunales y mingas, cooperativas de vivienda popular y de "pueblos jóvenes", campañas de educación popular, etc.). Y así, de esta forma siguen resistiendo las tentaciones de la instrumentación izquierdista radical, así como los embates de la cooptación y la represión que ejercen sobre ellos y sus líderes los partidos y gobiernos existentes.

Es cierto que ha habido deserciones y transferencias de "mañas" politiqueras en el seno de movimientos. Pero como muchos de los organismos del "Establecimiento" afectan un inmenso desprestigio, ingresar a ellos, imitar sus prácticas reaccionarias o inmorales, o reforzarlos en otras formas ya no se ve como un paso adelante para las personas decididamente involucradas en los movimientos. Muchas instituciones dominantes, como los partidos tradicionales, se han deslegitimado ante los pueblos, entre otras razones, porque han perdido su capacidad de actuar como mediadores y sustentadores de los intereses de los grupos desprotegidos o perseguidos y han tolerado la descomposición social, como ocurre en Colombia con la Violencia y el actual terrorismo.

En muchas partes la deslegitimación de los partidos y de los gobiernos por su tolerancia de los abusos ha creado un vacío de poder. Los movimientos sociales, en su evolución expansiva, han venido llenando ese vacío local y regionalmente a su manera, como viene dicho, al plantear propuestas alternativas de sociedad y de contrato social en que puedan confluir desde sus diversas actividades y puntos de arranque inicial. Ahora, a través de las redes afirmadas y otros mecanismos ya maduros de coordinación regional, muchos de ellos empiezan a proponer o exigir cambios programáticos o estructurales para toda la sociedad. Estos han constituido una vanguardia nacional o supra-regional de acción y compromiso para el cambio, mientras que los otros movimientos van quedando reducidos a las tareas reivindicativas de los primeros años del ciclo actual de reactivación.

Al dar el salto de lo micro a lo macro y considerar también la vía inversa en estas formas estructurales; al encontrarse en el plano de las

ideas y metas generales sin perder su identidad, integridad, liderazgo y autonomía como movimientos, los más adelantados de éstos se están convirtiendo, o ya se han convertido en varias partes, en alternativas políticas de consideración. Son alternativas que tienden a afianzarse por el vacío político aludido, por la crisis del desarrollismo y de los organismos o instituciones existentes. Por eso, a diferencia de lo ocurrido en épocas pasadas, muchos movimientos importantes no han reforzado ni dado origen a partidos como los hemos conocido, puesto que éstos se ven como fórmulas obsoletas de organización política o, peor, como fomentadores de violencia, corrupción y abuso de poder. Muchos de los movimientos adelantados han empezado a asumir el papel de los partidos tradicionales de manera más directa y eficaz, delimitando un campo mayor de participación democrática.

Esta actitud crítica hacia los partidos está cumpliendo la importante función de desmitificarlos. Muchos activistas han descubierto, como Marx en su época, que los partidos no son las únicas formas posibles de organización para la acción política; que nacieron en Europa en un contexto histórico y cultural específico del siglo XVIII; que no han sido fundamentales para acceder al poder (casos Cuba y Nicaragua); que se convierten en peso negativo para el cambio cuando se exceden en jerarquización y verticalidad, por los intereses creados de grupo o de clase social a que se ven reducidos, por su frecuente idealización de la fuerza e implementación de la violencia, por la manipulación y degradación que muchas veces toleran. En cambio, en los movimientos se trata de realizar una búsqueda creadora de formas alternativas de organización y acción política. Todavía no han cristalizado. Pero el desafío a los partidos tradicionales en cuanto a su organización, inspiración y moralidad es cada día más rotundo (5).

5. Así ha ocurrido en ciclos anteriores de despertar de movimientos, cuando lo político se ha redefinido por su acción. Recordemos, por ejemplo, el caso del Cartismo inglés (1838-1848), trampolín del Partido Laborista, o el de los movimientos campesinos, indígenas, sindicales y estudiantiles de Colombia, Perú y otros países durante la década de 1920, que reforzaron y reorientaron al liberalismo. Movimientos maduros como el feminista, el del sufragio universal, el gandhiano hindú, hasta el de los trabajadores, tuvieron el mismo efecto retador y renovante en los partidos existentes.

No se trata sólo de una cuestión de términos: partido o movimiento, aunque ello pueda tener efectos prácticos. El hecho de que por ley todavía deba haber "partidos", como ocurre en Chile y México, no oculta el reto a fondo que los movimientos adelantados les han hecho en sus concepciones, estructuras y procedimientos: tienen que cambiar si quieren sobrevivir. De otra parte, los movimientos como tales pueden seguir siendo alternativas políticas, ya que aquí hay campo suficiente para la imaginación y la creatividad adaptadas a nuestra especial historia, cultura y medio ambiente. Tendrán que seguir demostrando cómo son las nuevas formas necesarias de hacer política, especialmente para resolver problemas agudos como los de la pobreza, la injusticia y la violencia. La experiencia sigue siendo una buena maestra, de modo que conviene analizar algunos de los casos actuales que parecen pertinentes.

El Partido de los Trabajadores (PT) del Brasil (aunque se designe "partido", no lo es en la práctica, según lo reconocen sus fundadores y directivos) (6) no es por lo menos un partido como los otros: ha sido el resultado de un proceso organizador totalizante con sectores de trabajadores, líderes comunales y religiosos, intelectuales orgánicos (entre ellos Paulo Freire, el educador), que desarrollaron un programa común de acción política, económica, social y cultural que desbordó lo gremial y local y cubre ahora a toda la sociedad brasileña (7).

La persistencia y el extenso impacto abierto y subterráneo de los movimientos sociales, educativos y sindicales de Chile fueron factores decisivos para el "No" a Pinochet. La reconstrucción de Ciudad de México después del terremoto de 1985 descubrió cuán sólida era la infraestructura oculta de los movimientos sociales y cívicos locales que fueron capaces de suplantar al Estado con su propio poder popu-

lar; ello dio bases para la subsiguiente alianza "cardenista" que hizo tambalear al antes imbatible PRI. Fuerzas políticas nuevas del Perú (Izquierda Unida), Bolivia, Venezuela y otros países no habrían avanzado sin el apoyo de movimientos sociales coordinados o sin el de las organizaciones propias del pueblo. La Nicaragua Sandinista tiene mucho que enseñarnos sobre este particular.

En Colombia, el Movimiento Inconformes, iniciado en 1980 por profesores, sindicalistas y trabajadores de la cultura, es hoy la segunda fuerza política del departamento de Nariño, con alcaldes, concejales, diputados y una filosofía participativa de acción. Este movimiento, el más importante de una decena de fuerzas similares que han surgido en las regiones colombianas (Tolima, Sucre, Santander, Cauca, Llanos, Cesar, Boyacá, Putumayo, Antioquia), ha demostrado en la práctica cómo avanzar de lo micro a lo macro, de las bases hacia arriba, desde las periferias hacia los centros, y viceversa, para conformar redes, coordinadoras y otros organismos de contrapoder popular. Otro caso local interesante es el del Movimiento Peñolita, establecido como fuerza cívica en 1980 en el pequeño municipio de El Peñol, Antioquia, que fue organizando frentes comunales, de vivienda popular y culturales; en 1986 llegó al Concejo Municipal, hoy tiene alcalde propio, ha desplazado del poder a los gamonales tradicionales de los dos partidos (liberal y conservador) y empieza a coordinarse con los diez municipios de su provincia.

Siguiendo estos ejemplos, en los resquicios que los conflictos dejan en la Colombia descompuesta que tenemos se han realizado encuentros, foros y talleres, se ha marchado por las carreteras, se han hecho paros, agitado ideas y movilizado recursos para exigir un nuevo pacto social entre los colombianos.

El crecimiento en el poder local y regional independiente, a pesar de la Violencia, tuvo una clara expresión en Colombia con la puerta entreabierta de la primera elección popular de alcaldes en marzo de 1988, cuando para sorpresa general un respetable número de tales funcionarios, concejales municipales y diputados departamentales resultó estar por fuera de los partidos tradicionales. Las tendencias han

6. Francisco C. Weffort. "Democracia y revolución", *Cuadernos Políticos*, No. 56, enero-abril de 1989, pp. 5-18.

7. Un proceso similar es el ocurrido con el Movimiento Solidaridad, de Polonia, hoy entrando a gobernar el país, y con los del Poder Popular en Filipinas y Haití en la primera época postdictatorial. Otros, como los de Defensa de Derechos Humanos y del Medio Ambiente (Verdes) y Antinucleares han emergido de Europa para adquirir dimensiones internacionales. Síntomas de este no-partidismo se observan en la India, en la Unión Soviética y en otros países socialistas.

madurado desde cuando se intentó por esas fuerzas independientes una primera Convergencia en Funza, Cundinamarca, en junio de 1984, otra en Chachaguí, Nariño, en enero de 1987 (8). En junio de 1989 se dio un paso más con una coalición inicial de 37 agrupaciones y movimientos menores, bajo un gran paraguas democrático, pluralista y no-violento, bautizado Movimiento Colombia Unida, de oposición al monopolio bipartidista gobernante, que culminó el 3 de septiembre del mismo año con una convención constitutiva de más de 150 agrupaciones de todos los departamentos y secciones del país.

Así, hasta en Colombia con su violento terrorismo, o quizás por ello mismo, muchos movimientos sociales, cívicos, regionales, étnicos y culturales han estado durante estos años redefiniendo lo político, creando otra cultura política en sus propios términos y deslegitimando al actual Estado desarrollista y autoritario (9). Lo han hecho con cierto espontaneísmo, quizás sin darse cuenta, ofreciendo salidas constructivas a la Violencia y los otros problemas estructurales que padecemos en tantas partes. Pero hoy, con la acumulación de experiencias en esta azarosa dirección y con la suma de sus caudas y redes coordinadas, los movimientos más avanzados se encuentran ante otro umbral de cambio que les plantea un grave dilema: como se dijo antes, o persisten en la acción política amplia y creadora que ya emprendieron, es decir, sin claudicar como movimientos ni tenerle miedo o repugnancia a plantear visiones políticas compartidas; o pasan a ser partidos nuevos o a reforzar algunos de los existentes al inducir la necesaria renovación de éstos. Sobra indicar que me parece más consistente con la historia y justificado por la práctica persistir en la primera opción —la propia de los movimientos— que ceder a la fatigada tradición partidista.

Civilismo-Autonomía-Pluralismo

Las características más prominentes que podrían permitir la continuidad y reforzamiento de los movimientos sociopolíticos democráticos más avanzados son: su naturaleza civilista y pacífica; su empeño descentralizador y autonómico; y su tolerancia pluralista ante la diversidad cultural y humana. Estas características han pasado a ser preocupaciones fundamentales para construir su estructura, conformar su ideología y darles una visión coherente y dinámica que las acerque a un nuevo tipo de democracia de índole participativa y directa. Son una respuesta positiva, una salida a la Violencia y al terrorismo actuales (10).

En primer lugar, el civilismo de tales movimientos adelantados se expresa como una reacción ante la frustración de las vías violentas para acceder al poder estatal, sea en la forma revolucionaria socialista de los años 20, o en la modalidad guerrillera de los años 60, que persiste aún en varios países. En este sentido han aprendido una importante lección: que la toma del poder como tal no es ninguna panacea; que si no se prepara de manera amplia, aquel acto corre el riesgo de continuar la violencia anterior o reproducir indefinidamente las tendencias bélicas del proceso de lucha. El espejismo jacobino de la toma del Palacio de Invierno de Petrogrado, como condición de revolución exitosa, se ha desvanecido bastante.

Por eso se insiste en poner en práctica formas democráticas de participación auténtica desde ahora mismo, con la filosofía vivencial de la alteridad, dentro de los propios rangos humanos, en lo cotidiano y en las relaciones de género. Es otra forma de ver, entender y enfrentar la vida. En el fondo, se trata de un planteamiento ético de profundas implicaciones: el maquiavelismo de la fuerza y la maniobra, las excusas hegelianas a los abusos de los grandes hombres, la tesis de justificar los medios con los fines, entre ellos el poder en sí mismo, quedan cuestionados.

8. Jairo Chaparro, "Los movimientos políticos regionales: un aporte para la unidad nacional", en Gustavo Gallón Giraldo (ed.), *Entre movimientos y caudillos: 50 años de bipartidismo, izquierda y alternativas populares en Colombia*, Bogotá, Cinep-Cerec, 1989, pp. 208-226.

9. Cf. Norbert Lechner (ed.), *¿Qué significa hacer política?*, Lima, Desco, 1982.

10. Cf. Orlando Fals Borda, "Ocho tesis para una opción democrática participativa", *Vía Democrática*, No. 1, febrero de 1989, pp. 31-35.

De la misma manera, la fuerte reacción deslegitimadora contra instituciones y gobiernos desarrollistas y tecnocráticos se dirige especialmente contra los más centralistas y autoritarios, i.e., los monopolizadores de decisiones. Esto parece natural en vista de los orígenes locales de los movimientos, que siguen muy celosos de su identidad y autonomía como formas de supervivencia física. Un aspecto interesante del momento actual de redefinición de lo político es la insistencia en fragmentar el poder existente y modificar las reglas del juego para abrir campo a varias orientaciones novedosas: 1) estimular formas de control e intervención por ciudadanos sobre gobernantes (poder popular, cabildos abiertos, plebiscitos, referendos); 2) propiciar formas territoriales diferentes de gobierno o de régimen (como el Estado-Región); y 3) crear formas más eficientes y descentralizadas de organización administrativa (como provincias y distritos autónomos) para establecer una regionalización ecológico-cultural que refleje la dinámica real de la vida comunitaria. Estas tendencias descomponedoras de la territorialidad actual ponen en entredicho las estructuras de unidades de poder, por ejemplo, las circunscripciones electorales de caciques y caudillos ahora vistas como anticuadas o inconvenientes. Porque los territorios son lugares de conflicto y apropiación donde se hace o deshace el Estado.

Por último, el énfasis en el pluralismo y en la tolerancia es una de las grandes lecciones aprendidas por los movimientos sociales y populares durante estas dos décadas. En verdad, las reglas éticas y altruistas de la apertura hacia "el Otro", las del respeto amistoso al derecho a ser diferente, valorar la diversidad ideológica, artística, cultural y social, y reconocer la relatividad de la historia, han permitido la sobrevivencia de los movimientos. Son el secreto moral de su resistencia. Aparte de grupos étnicos oprimidos (negros e indígenas), en esto han jugado mucho dos grupos marginales que en una u otra forma defienden y afirman raíces culturales propias: los jóvenes y las mujeres. Ambos han dejado sentir su intuición creadora de un nuevo ethos, de un tipo mejor de sociedad y de relaciones sociales en las que pueda haber unidad pacífica respetando las diferencias. Con ello han dado valiosas lecciones a la violenta tradición machista, patriarcal

y etnocéntrica que ha acompañado a nuestro subdesarrollo; y han corregido a aquellos partidos y agrupaciones dogmáticas de la vieja izquierda que se ufanaban de ser vanguardias o custodios de la verdad revolucionaria, creencia con la que en cambio castraron el potencial de sus ideales.

En términos generales, los movimientos sociales y populares más avanzados prefieren plantear negociaciones, diálogos y salidas razonables a los conflictos existentes; armados o no, rechazan la violencia desenfocada o ritual, y acuden a elecciones. Algunos han recuperado a Gandhi y Martin Luther King como exponentes de formas adecuadas de resistencia civil. Otros recuerdan a Camilo Torres, la insistencia en el pluralismo de su "Frente Unido" como ideología política, y en la transformación participante de la Iglesia liberadora. El reciente auge del interés por el rescate de la historia oral y regional, la cultura y el arte populares, así como por el respeto al legado indígena y negro son otras consecuencias de esta positiva actitud política.

II

PROYECCIONES

Reinventar el Poder y el Estado

Tales énfasis en el civilismo por la vida, la autonomía descentralizada con la fragmentación regional del poder estatal mediante nuevos pactos y la apertura pluralista y ética (junto a otros elementos de democracia participativa que también merecen discutirse) pueden servir para reorganizar la sociedad con modelos democráticos y altruistas que detengan los desastrosos torrentes de la violencia y del subdesarrollo explotador. Han llevado igualmente a algunos observadores a pensar que ciertos movimientos sociopolíticos contemporáneos, entre ellos los más avanzados, se acercan a un cierto tipo de anarquismo. Así lo sugerimos Frank, Falk y el presente autor (11), entre otros.

11. Orlando Fals Borda, "El nuevo despertar de los movimientos sociales", *Revista Foro*, No. 1, septiembre de 1986, pp. 76-83.

Por supuesto, no nos referimos a la vertiente roja de discípulos de Mijail Bakunin, ni a la poco convincente posición antiestatista radical de "acabar con todo gobierno"; tampoco proclamamos adhesión incondicional a la convergente doctrina marxista del marchitamiento del Estado. Nuestra versión es la inspirada en la "ley de la ayuda mutua" y la experiencia autonómica siberiana del príncipe Peter Kropotkin. Se trata más bien de una forma diferente de concebir y entender el poder, como lo sugieren algunos movimientos, todavía con timidez. Es un neanarquismo humanista que está en trance de articular mejor su pensamiento. Quizás encuentre inspiración adicional en la lectura de algunos textos hermenéuticos, como los de Michel Foucault, Pierre Clastres y otros críticos contemporáneos que tienden a desempolvar la función de cemento ideológico que ha cumplido y cumple la sociedad civil en la estructuración de los Estados-Naciones contemporáneos.

Se ha dicho en formas diversas que conviene analíticamente distinguir entre el Estado como aparato de coerción y el poder como categoría cultural conformada por nodos de relaciones sociales. Foucault lo ha explicado de una manera que se acerca a lo sentido en la práctica por muchos movimientos, cuando éstos sostienen que todo poder "emana" del pueblo. En efecto, el investigador francés ha escrito que "el poder debe analizarse como algo que circula o que funciona como una cadena... se emplea y ejerce a través de una organización parecida a una red" (12). El poder, es obvio, no reside sólo en el Estado, sino que hay que buscar sus fuentes más allá, porque aquél "con toda la omnipotencia de sus aparatos, no puede ser capaz de ocupar todo el campo real de las relaciones de poder y porque el Estado no puede funcionar sino con base en otras relaciones de poder previamente existentes... [El metapoder resultante], con sus prohibiciones, sólo se asegura donde hay toda una serie de relaciones de poder múltiples e indefinidas que le suministran la fuerza necesaria para ejercer formas de poder negativas" (13).

Clastres refuerza estas tesis con la de que el poder existe no sólo como dimensión social, sino también como calidad separada de la violencia y de las jerarquías. De la misma manera distingue entre coerción y poder, para sostener que "el poder coercitivo [del Estado] no es la única forma de poder" sino una entre varias, aquella adoptada por el Occidente que hoy se toma como pauta o modelo dominante. Es una fórmula para sociedades históricas; otras, como las arcaicas (Cf. la maya), desarrollaron formas colectivas muy diferentes de poder, muchas de las cuales todavía cobijan a inmensas porciones de la humanidad, por ejemplo, entre los grupos tribales de la India o con los consejos indígenas de ancianos de América. En cambio, la jerarquía o autoridad formal es la que crea el lazo político moderno. Por eso la violencia tiene su última y más completa forma en el Estado central impositivo, homogeneizante y monopólico (14).

Estas ideas no sólo explican situaciones paradójicas que muchos movimientos sociopolíticos confrontan cuando quieren impulsar el poder popular y combatir violencias e injusticias, sino que arrojan luz sobre los efectos concretos que los Estados tienen sobre la sociedad para empeorar situaciones o intensificar conflictos hasta llegar al terrorismo. Es el caso, por ejemplo, de los Llanos Orientales colombianos donde el Estado ha sido el principal generador de violencia, sembrándola doquiera se hizo presente por primera vez; con razón surgieron allí enseguida las guerrillas por una parte, una legislación autónoma de las bases movilizadas y un movimiento regional de reconstrucción social, por otra (15). Lo mismo se ve en aquellas regiones étnicas que han sido arbitrariamente divididas por fronteras políticas, como entre los guaraníes de Paraguay y Argentina, los guajiros de Colombia y Venezuela o los mayas de Yucatán, Guatemala y El Salvador.

No es de sorprenderse, por lo mismo, que en muchos movimientos actuales (neanarquís-

12. Michel Foucault. *Power/Knowledge*, New York, Pantheon Books, 1980, p. 98.

13. *Ibid.*, p. 122.

14. Pierre Clastres, *Society Against the State: Essays in Political Anthropology*, New York, Zone Books, 1987.

15. Reinaldo Barbosa E., *Centauros de Guadalupe o la insurrección llanera, 1946-1966*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Tesis de Grado, Departamento de Historia. Datos similares son presentados por Alfredo Molano, *Yo le digo una de las cosas...* Bogotá, FEN y Corporación Araraucara, 1989.

tas?, ¿postmodernistas?, ¿etnoculturales?) se empiece a hablar de temas antes tabú, como el de "reinventar el poder" y el de "demoler mitos existentes". Por ejemplo, descubren que la repetición del modelo leninista de revolución en realidad ha sido excepcional, y que el de los partidos, antes indiscutido, ahora está dudoso. Ven que la toma del poder por asalto frontal, como queda dicho, no implica cambios radicales en el quehacer político.

Por supuesto, no es dable descartar la lucha por el control del Estado actual, aunque se le deslegitime, y se pueden seguir aprovechando algunos mecanismos de la democracia liberal o representativa, así como los derechos civiles formalmente consagrados. Por eso muchos de los movimientos avanzados, desesperados por la ineficacia estatal, han dado el paso convergente de lo micro a lo macro y se articulan hoy como fuerzas políticas alternativas.

Sería insensato no reconocer el desafío moral que implica para todos el ver la continuación del monopolio de los recursos estatales en manos muchas veces tan ineptas, tan corruptas, tan ensangrentadas. Pero la cuestión de fondo radica en la concepción filosófica del nuevo poder popular que alimentaría a ese otro Estado en las etapas de reconstrucción de la sociedad. Para ello pueden servir las ideas de Foucault y de Clastres, entre otros autores extraños y propios: se discuten y estudian porque se siente que hay que sembrar desde ahora mismo en toda la sociedad civil la semilla ideológica del respeto por la vida, el ambiente y la diversidad cultural que fructifique en mejores bases sociales y más consistentes dirigentes de movimientos, sin esperar a que éstos se "tomen el poder".

Cae de su peso la importancia que tiene para todas las fuerzas políticas de esa dispareja sociedad civil —desde las progresistas y de izquierda hasta las de derecha y paramilitares— el volver a conceptualizar el poder y el Estado, desmitificarlos, considerarlos bajo otra luz menos autoritaria y amenazante, y más ética y altruista que la idea hobbesiana legada por los creadores de nuestras nacionalidades. Ello es especialmente útil para limitar los efectos deletéreos o violentos del darwinismo social y del fascismo que de nuevo levantan cabeza entre nosotros.

Un reto intelectual y profesional

¿Será posible articular esos nodos del poder colectivo en nuevos pactos sociales para impedir la concentración jerárquica de la fuerza y el monopolio de la decisión por unos pocos? ¿Podrá ejercerse el poder formal de puertas para afuera, sin los principios de secreto o razón de Estado, con pleno *glasnost*? ¿Será posible concebir Estados sin fronteras como expresiones democráticas de participación real e intercambios ciudadanos directos, las formas del poder popular auténtico? ¿Convendrá alejarnos de Marx y Lenin con sus tesis sobre monopolios de clase social sobre los Estados y acercarnos más bien a Gramsci para definir el sentido pluriclasista de nuevas hegemonías políticas más generosas? ¿Tendrán aplicación entre nosotros las recomendaciones filosóficas que han hecho estudiosos de la violencia estatal como Paul Ricoeur (incidencia de la reconciliación entre los hombres) (16) o Walter Benjamin (formación de un nuevo derecho para las fuerzas nuevas)? (17).

Estas son algunas de las preguntas "científicas" que se hacen hoy en los colectivos de los movimientos más adelantados que buscan la paz con justicia social, que quieren extender la democracia en direcciones participativas y directas, y construir formas alternas de Estado, como el Estado-Región, revelando, reconstruyendo y reforzando el poder difuso que corresponde a los ciudadanos. La organización eficaz de esos nodos de poder, llevándolos hacia formas autonómicas de concepción y acción no violentas, distintas de las Naciones-Estados y de los partidos como los hemos conocido, está a la orden del día.

Por eso es importante la función analítica y cognoscitiva de los intelectuales y profesionales comprometidos con estas posibilidades políticas, los llamados "agentes de cambio". Para concebir los nuevos pactos se hace necesario equilibrar las actuales tendencias reduccionistas y arrogantes de la ciencia y tecnología cartesianas, las que llevan a la deformación de valores esenciales, el endiosamiento de la vio-

16. Paul Ricoeur, *The State and Coercion*, Ginebra, John Knox House, 1957.

17. Walter Benjamin, *Angelus novus*, Buenos Aires, Eudeba, 1965.

lencia como principal explicación histórica, la degradación del hombre-objeto y la destrucción del medio ambiente, como lo he analizado detalladamente en otros trabajos (18). Ese equilibrio se alcanzaría mediante la utilización reconocida de formas alternativas de producción de conocimientos antes despreciados como no científicos, tales como el popular y el cotidiano del sentido común que tienden a ser culturalmente más ricos, más respetuosos de la vida y de la naturaleza, más civilizados. Al ejecutar una síntesis vivencial de esos saberes diferentes, como se lo propone la investigación-acción participativa (IAP), los intelectuales y los agentes de cambio podrían dirigir el conocimiento así enriquecido hacia la demolición de estructuras de fuerza inconsulta, dominio y explotación inadmisibles y hacia la reconstrucción social y económica. Se convertirían en pedagogos de la transformación pacífica al colaborar para que las clases subordinadas y oprimidas conozcan mejor lo que ya conocen a partir de su práctica, y para que amplíen sus conocimientos y participen en la tarea creadora y productiva de la nueva sociedad.

Con esa apertura participativa a los anhelos colectivos, con ese desalienante acercamiento de las ciencias sociales a nuestros pueblos y sus culturas, queda justificada la continuada existencia de los movimientos populares y se logra formular el problema intrínseco del nuevo poder democrático que les corresponde construir por la paz y el progreso colectivos y la satisfacción de necesidades básicas. Para ello no conviene ni es necesario traducir Constituciones o tratados de politología del francés, inglés o alemán, que responden a tradiciones culturales diferentes y que resultan republicanas sólo en la letra. Ya ha habido entre nosotros lejanos y recientes destellos de esa búsqueda de autonomía creadora y participativa con pactos endógenos, sobre los cuales seguir reinventando el poder en nuestros propios términos, en formas más humanas, más controlables por el común, menos crueles y violentas.

He aquí un reto teórico-práctico que hay que asumir para que los movimientos sociales y políticos independientes de hoy no se acaben ni se dejen asimilar por los partidos como vienen, sino que sigan resistiendo y cumpliendo por mucho más tiempo su bienvenida función como sujetos históricos protagónicos. Porque tales movimientos son la parte sana que queda de nuestro lacerado cuerpo social. En buena medida, de ellos depende nuestro futuro como naciones y como pueblos.

18. Orlando Fals Borda, *Ciencia propia y colonialismo intelectual: Los nuevos rumbos*, Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1988. De allí también la importancia que adjudico a la campaña continental sobre educación popular y democracia participante que impulsa la mayor red de redes no gubernamentales de nuestro hemisferio, el Consejo de Educación de Adultos de América Latina (CEAAL).

